

## La CAIDA DE LA GRAN VAJILLA, Un relato de Isabel María Almela

María Angustias se llama la dueña de la casa, la señora por excelencia de aquel caserón del pueblo que era la envidia de los lugareños, casada con D. Raimundo, prestigioso Notario del pueblo e hijo único, llevaba en sus espaldas una saga de Notarios importantes. Era una familia bien considerada y adinerada, lo que se entiende como familia con poderío.

Felisa, su suegra, viuda desde hacía 10 años, pasaba largas temporadas instalada en su casa, a María Angustias no es que le gustara mucho, pero Felisa era de esas suegras persistentes, convincentes, testarudas y en definitiva sabía camelarse a su hijo.

Una tarde de verano a María Angustias la despertó, de su placida siesta, un gran estruendo, un ruido que la estremeció, ruido que la hizo dar un brinco de la cama, se colocó su bata de seda y bajó corriendo los grandes escalones de dos en dos, mientras pensaba que podría haber escuchado, un golpe, o quizás un disparo, noooo en su casa no pasan cosas raras... le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo de pensar si alguien podría haber entrado en aposentos.

Se dispuso a investigar por la casa, primero en el gran salón. La alacena con todos los regalos y las colecciones de su marido estaban intactos, menos mal, pensó, Raimundo se puede poner verde si se le mueven sus cochecitos de carreras, sus soldaditos de plomo...bueno salvados ..aquí no se ha movido nada. Al lado estaba el aparador, tampoco se había movido nada. Cada vez más nerviosa y sin saber qué fue lo que ella escuchó, siguió mirando por todos los rincones del salón. ¿Se acercó a la puerta de entrada, habría alguien detrás? por si caso no miro pensó que no soy tan valiente.

El baño de cortesía, pufffff no entro y si hay alguien ;;; Holaaa..hay alguien ¿?? No parece, seguiré.

Le quedaba mirar en la cocina, fue un golpe fuerte, podría ser la caída de un plato de cerámica o quizás toda una vajilla... fue un gran estruendo pensó. Mientras avanzaba hacia la cocina, se le dibujó una gran sonrisa al ser consciente del pensamiento que había tendido, toda una vajilla ..jajajajajaja a ver si con suerte es la que me regaló mi suegra por Navidades, esa con las líneas amarillas de fondo verde...se tranquilizó solo pensar en la cara de su suegra al comunicarle el destrozo.

En su mente la conversación, querida tengo que comunicarte con gran pesar que se cayó ..jajajajajaj...lo que me regalaste, jajajjjajajaj.... (no se lo quitaba la sonrisa de la boca) esos platos tan bonitos que me

gustaron tanto... jajajajaja , mientras se acercaba a comprobar su deseo y sin que le desapareciese esas líneas de expresión tan delatora de felicidad.

Siii seguro era eso la Caída de la gran vajilla

Si esto fuera cierto ha merecido la pena que me haya despertado!!!

Escuchó otro gran estruendo ... Siii ... más sonrisas, se habrá caído también el juego de café .. jajajajaja, también me lo regaló mi suegra... amarillo también, agggggg, que mal gusto tiene, odio el amarillo y ella lo sabe...

Iba acelerando el paso la impaciencia le recorría todo el cuerpo.

Y por fin pudo comprobar.

Querida te he despertado ¿??

María Angustias atónita, paralizada se le desdibujó la mueca de felicidad de un golpe.

Felisa?? Que hace ¿?

La suegra subida a una escalera, con un pie en un peldaño y el otro en la encimera.

En una mano, una tetera verde con un gran lazo amarillo dibujado en un lateral, en las otras dos tacitas pequeñas con relieve de color amarillo.

María Angustias no supo que decir, miró al suelo y justo debajo de la escalera, ahí estaba el cuerpo del delito, el producto del estruendo que la hizo salir de la cama, DOS GRANDES CACEROLAS.

Las lágrimas caían por el rostro de María Angustias ya sin sonrisa, paralizada delante de su suegra, de la escalera, de las cacerolas, comprobando su desgracia al ver que sus pensamientos no se hicieron realidad.

A la semana siguiente nuestra amiga María Angustias tomó té con sus amigas, ese juego de té que Felisa con tanto cariño intentó esconder en el mueble de la cocina con la buena intención de que fuera sorpresa por el 30 cumpleaños de su queridísima nuera.

Todas llevaban prendido en sus cabellos un gran lazo amarillo.

Isabel María Almela.